

Apiano

# Guerras Ibéricas Aníbal

Introducción, traducción y notas  
de Francisco Javier Gómez Espelosín



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 2006  
Segunda edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Francisco Javier Gómez Espelosín, 2006  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2016  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-456-7  
Depósito legal: M. 18.089-2016  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Introducción, por Francisco Javier Gómez Espelosín
- 51 Bibliografía fundamental
- 57 Nota a la segunda edición
  
- 61 Guerras Ibéricas
  
- 197 Aníbal



# Introducción

La historia de Roma escrita por Apiano de Alejandría, un griego de la primera mitad del siglo II d. C., constituye una obra ciertamente singular que no ha sido siempre adecuadamente valorada por sus propios méritos. Apiano decidió abandonar la estructura tradicional que narraba la historia de Roma desde el momento de su fundación hasta su propio tiempo desde una estructura rígidamente cronológica que desplegaba el desarrollo de los acontecimientos año tras año y optó, en cambio, por organizarla siguiendo un criterio geográfico o etnográfico. Concentraba así la narración de los diferentes acontecimientos en cada una de las áreas geográficas por separado, evitando de este modo simultanear lo sucedido en diferentes escenarios o el cambio constante de unos a otros que implicaba la estructura del relato a la manera tradicional. Su intención, tal y como afirma en su Prólogo, era facilitar a sus lectores la comprensión de cómo se había producido la conquista romana del orbe, que vista

a través de relatos como los de Polibio o Tito Livio, con cambios continuos del desarrollo de la acción de unos lugares a otros, podía resultar más complicada. De esta forma pretendía también que se entendiera mejor el papel que desempeñaron los romanos en cada una de estas áreas geográficas y que destacaran con luz propia aspectos tan esenciales como el grado mayor o menor de resistencia o la debilidad que ofrecieron los respectivos pueblos ante la conquista, y al mismo tiempo el valor y la fortuna de los conquistadores.

Deseaba también dispensar a sus lectores griegos de los pormenores que implicaba el seguimiento de una cronología precisa en el relato de los acontecimientos y de la complejidad de los nombres romanos simplificando al máximo la triple denominación. Se trataba, en suma, de un relato completo de la historia de la ciudad y su Imperio, aparentemente sin excesivas pretensiones literarias pero no carente de ciertos encantos estilísticos y de los suficientes efectos retóricos y dramáticos para suscitar la atención y el interés de los lectores. La obra de Apiano estaba bien estructurada en sus líneas generales para abordar la historia de la conquista romana y de la organización del mundo conocido desde una perspectiva completamente nueva. Su interés por el Imperio como entidad y su lugar dentro del esquema de los acontecimientos fueron posiblemente los impulsos que motivaron esta visión de las cosas<sup>1</sup>.

1 G. S. Bucher, «The Origins, Program and Composition of Appian's Roman History», *Transactions of the American Philological Association*, 130, 2000, 411-458.

Su valoración general como historiador ha experimentado importantes cambios a lo largo del tiempo. Durante la Antigüedad, fue más importante de lo que se piensa y ejerció una profunda influencia en la forma en la que se entendía el pasado de Roma. Traducida hacia 1452 su obra al latín para el papa Nicolás V por Pedro Candidus, casi un siglo más tarde se publicó la primera edición del texto griego a cargo del filólogo francés Charles Estienne, y un tiempo después, en 1592, la primera edición consolidada de todo el texto superviviente, que fue realizada por el sobrino del anterior, el gran estudioso Henri Estienne. Apiano pudo haber sido utilizado por Shakespeare como fuente de información privilegiada para su *Julio Cesar* junto con la correspondiente biografía de Plutarco, y al menos los cinco libros sobre las guerras civiles despertaron el interés de personajes como Marx y Engels, que mostraron en su mutua correspondencia la pasión que suscitaba su lectura<sup>2</sup>. Todavía a finales del XVIII, con la edición del texto griego junto con la traducción latina y un comentario por obra de Schweighäuser, que significó un gran avance en el estudio de su obra, Apiano era objeto de una elevada valoración. Sin embargo, la llegada de la denominada «historia científica» en el siglo XIX supuso el inicio de su decadencia hasta quedar reducido al estatus de un simple compilador desprovisto de talento, que lógicamente no resistía la comparación con historiadores de la talla

2 A. G. Bonnell, «A very valuable Book: Karl Marx and Appian», en K. Welch (ed.), *Appian's Roman History: Empire and Civil War*, Swansea, 2015, 15-21.

de Tucídides o Polibio. Ya más recientemente su obra ha vuelto a ser de nuevo valorada acorde con sus propios méritos como una historia conscientemente elaborada de la progresiva implantación del dominio de Roma por todas las partes del orbe, superando toda clase de obstáculos y de enemigos, con su propia estructura temática y su incuestionable desarrollo literario, diseñada desde unos presupuestos teóricos y unos objetivos concretos que se despliegan convenientemente en el Prólogo de la obra, todo un programa de intenciones que con mayor o menor eficacia pudo luego Apiano poner en práctica en el curso de su narración<sup>3</sup>.

## El autor

Sabemos relativamente pocas cosas sobre la vida de Apiano. En el Prólogo de su obra alude a la existencia de una autobiografía que no se ha conservado. Consideraba que había alcanzado la relevancia pública suficiente como para que resultase innecesario aportar cualquier tipo de información adicional:

muchos saben quién es el que escribió estas cosas y yo mismo lo he puesto de manifiesto con antelación.

Sin embargo, en las líneas finales del Prólogo, decidió, por si acaso, exponer de forma breve su trayectoria:

<sup>3</sup> L. V. Pitcher, *The Historiographical Techniques of Appian*, Diss. Oxford, 2004.



Soy Apiano de Alejandría, que ha alcanzado en su patria los primeros lugares y que actuó en Roma como abogado ante los tribunales en el tiempo de los emperadores, hasta que estimaron digno nombrarme su procurador.

Conocemos también algún detalle más gracias a un fragmento de su historia de Arabia en la que alude a su escapatoria de un motín que se había producido en la ciudad de Petra (fr. 19. 1). También sabemos que Apiano formaba parte de los círculos intelectuales y políticos de Roma a través de la correspondencia de Frontón, el célebre orador romano que fue luego tutor del emperador Marco Aurelio, que informa al emperador Antonino Pío de haber compartido largas sesiones de lectura a diario con el historiador griego, que parecen haber forjado entre ellos una gran amistad (*amico meo, cum quo et vetus consuetudo et studiorum usus prope cotidianus intercedit*)<sup>4</sup>.

Como a muchos otros griegos ilustres de su tiempo, su carrera profesional le condujo desde su ciudad natal, Alejandría, hasta la capital del Imperio<sup>5</sup>. Sin embargo, no tuvo las cosas fáciles, ya que el cargo de *procurator Augusti*, que culminaba su ascenso en la administración romana, solo lo consiguió gracias a la recomendación de su amigo Frontón, que hubo de interceder a favor de Apiano ante el emperador Antonino Pío, alegando los méritos que había contraído y la edad, ya venerable, de nuestro historiador. Sin duda era ya un hombre mayor cuando recibió el honor imperial del cargo antes mencionado,

4 Frontón, *Ad Pium*, 10, 2.

5 G. Bowersock, *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford, 1969.

tal y como indica claramente la expresión que utilizó Frontón en su carta al emperador Antonino Pío para referirse a él (*in senectute*).

La vida de Apiano debió de discurrir de forma principal en el curso de la primera mitad del siglo II d. C. si bien pudo haber nacido en torno al 95 d. C., durante el reinado de Domiciano, y era ya una persona adulta hacia el 115/116, según se deduce de una experiencia personal que relata en uno de los fragmentos conservados del libro veinticuatro de su *Historia Romana*, ocurrida al parecer durante la campaña de Trajano contra los judíos en Egipto en aquellos años. Hace también una referencia en el curso de su relato a las guerras civiles, en la que indica que el recinto que dedicó Julio César para albergar la cabeza de Pompeyo fue destruido en su propio tiempo («en mi época, mientras el emperador de Roma, Trajano, exterminaba la raza judía en Egipto»). Por tanto, la redacción de su obra hay que situarla en los últimos años de su vida, pues según se deduce de la alusión que Apiano hace en su Prólogo a la consecución del cargo, la mencionada carta de Frontón en su favor debía ser anterior. Esto debió de suceder en el curso de los años cincuenta del siglo II d. C., a juzgar por los indicios cronológicos que aparecen dispersos a lo largo de su obra y especialmente en el mencionado Prólogo. Nos dice, así, que han transcurrido ya novecientos años desde la fundación de Roma hasta su propio tiempo, y en otro pasaje menciona que son doscientos los años que median desde el inicio de la época de los emperadores hasta el momento presente. *Grosso modo*, y teniendo en cuenta que hay que iniciar la cuenta incluyendo también a Julio César, los

cálculos nos llevan hasta los años 150-155 d. C. Por otro lado, la obra debió de estar concluida antes del año 165 d. C., dado que de otra forma la mención de la frontera oriental del Imperio en el río Éufrates carecería de sentido tras la guerra contra los partos que emprendió el emperador Lucio Vero. No existe, por otra parte, ninguna referencia a lo largo de toda la obra que vaya más allá del reinado de Antonino Pío, lo que unido al testimonio de Focio –que en su monumental Biblioteca compuesta en el siglo IX d. C. sitúa el apogeo de Apiano en el reinado de los emperadores Trajano y Adriano, confirmada mediante la mención expresa de dichos emperadores en algunos momentos puntuales de su historia–, nos lleva a concretar en la década de los cincuenta el período en el que Apiano compuso su *Historia Romana*<sup>6</sup>. Posiblemente su muerte tuvo lugar en los primeros años de la década siguiente, a partir también de algunos indicios de su propia obra.

Tampoco están claros los cargos que desempeñó a lo largo de su carrera. Apiano nos dice en el Prólogo que alcanzó los primeros puestos en su patria, pero no especifica su categoría y condición precisas. La reducida autonomía de que disfrutaban las ciudades griegas bajo el Imperio romano permitía todavía la existencia de ciertos cargos de prestigio dentro del gobierno municipal. El de gimnasiarco era uno de los más importantes, dado que tenía a su cuidado la institución más representativa y emblemática de la ciudad griega: el gimnasio, que era el

6 E. Gabba, *Appiani Bellorum Civilium Liber primus*, Biblioteca di studi superiori, XXXVII, Florencia, 1958, págs. VII-XI.

centro de la educación física e intelectual de la juventud helena y el principal soporte de sus señas de identidad en unos tiempos de cambio y dispersión, como los que se iniciaron a partir del período helenístico<sup>7</sup>. Tenemos noticias de que un tal Apiano desempeñó ese cargo en época posterior, pero ello no implica que nuestro historiador también lo hubiera hecho en su día. Se trata tan sólo de una posibilidad entre varias, avalada tentadoramente por su amistad con Frontón, que estudió en su ciudad natal. La importancia especial del cargo desempeñado quizá fuera la causa principal de los problemas que tuvo con motivo de la insurrección de los judíos en Alejandría, hasta el punto de que su vida corrió grave peligro. Desde luego poco después debió de partir hacia Roma, donde, según nos dice, ejerció la defensa en los tribunales. Pese a que algunos sostienen la opinión de que desempeñó el cargo de *advocatus fisci*, sin embargo, lo más probable es que se limitase a ejercer el simple oficio de abogado sin una repercusión oficial concreta, a juzgar por las dificultades que tuvo Frontón para conseguirle el puesto de *procurator* ante Antonino Pío –pues era normal el paso de la abogacía del fisco a la carrera procuratoria–, y a la luz del término que emplea en su carta para calificar su labor: *causidicus*.

De cualquier manera, y con los escasos datos que poseemos, podemos afirmar que la vida de Apiano tuvo una relevancia pública considerable. Así lo manifiesta en su Prólogo, y en esta misma dirección apunta el hecho

7 Sobre la institución y el cargo, véase A. H. M. Jones, *The Greek City. From Alexander to Justinian*, Oxford, 1940, págs. 220-226.

de que decidiera escribir una autobiografía previamente a la elaboración de su gran obra. Su estrecha relación con un personaje ilustre como Frontón también constituye una prueba importante de su posición dentro de los círculos literarios de Roma, un contexto particularmente adecuado para adquirir toda clase de informaciones, noticias y anécdotas que pudieron luego influir en la concepción y elaboración de su historia.

## Su historia

Su *Historia Romana* tenía unas dimensiones monumentales. Compuesta por veinticuatro libros, abarcaba desde los comienzos de la historia de Roma hasta el año 35 a. C., tratando de englobar todo el largo proceso de la conquista romana de la cuenca mediterránea. Su contenido se distribuía de la siguiente manera: el primer libro estaba dedicado a la historia de los primeros reyes de Roma; el segundo, a la historia de los pueblos itálicos, a excepción de los samnitas, que con sus guerras contra Roma ocupaban el libro tercero; el cuarto, a las guerras con los galos; el quinto, a la historia de Sicilia y las otras islas; el sexto, a la Península Ibérica; el séptimo, a la historia de Aníbal; el octavo, a las guerras contra cartagineses y númeridas; el noveno, a las que libraron los romanos contra ilirios y macedonios; el décimo, a las que tuvieron lugar en Grecia y Asia Menor; el undécimo, a las de Siria y los partos; el duodécimo estaba consagrado a las guerras contra el rey Mitrídates VI del Ponto; desde el decimotercero al decimoséptimo se ocupó de las guerras civiles de Roma; dedicó a Egipto

desde el decimoctavo al vigésimo primero; el vigésimo segundo habría estado dedicado a la historia de los emperadores hasta Trajano; el vigésimo tercero a la Dacia; y por último, el vigésimo cuarto a Arabia.

De todos ellos, solamente han llegado hasta nosotros completos el sexto, el séptimo, la primera parte del octavo, la segunda del noveno, la primera parte del undécimo, el duodécimo y los cinco libros dedicados a las guerras civiles. De los restantes, únicamente tenemos algunos fragmentos, procedentes en su mayoría de los célebres *Excerpta Constantiniana*, una selección de textos de los historiadores griegos realizada por encargo del emperador bizantino Constantino Porfirogéneta, y del léxico *Suda*, casi contemporáneo de los anteriores. Toda la obra responde al principio de ordenación que señalamos anteriormente, encuadrando por separado el relato de las diferentes guerras de conquista libradas por Roma en cada uno de los territorios que de forma amplia constituyeron el escenario de sus campañas.

Sin embargo, a pesar de las apariencias Apiano no utilizó un criterio de división estrictamente etnográfico<sup>8</sup>. Apiano no estaba interesado en la historia particular de cada uno de estos pueblos, y solamente consideraba dignos de mención aquellos episodios que tenían que ver directamente con la intervención romana en cada uno de estos territorios, desde el momento de la irrupción de las legiones en ellos hasta su definitiva incorporación al Imperio. Su atención se concentra preferentemente en las acciones militares de los diferentes generales romanos

8 Así Gabba en *op. cit.*, pág. XIV.

que combatieron en la zona y no en sus oponentes. Toda la acción se contempla desde la óptica romana y los éxitos o fracasos de las diferentes campañas se miden igualmente desde esta misma perspectiva. Da la impresión de que los pueblos indígenas desempeñan tan sólo un papel secundario, como meros antagonistas de los romanos, sin que casi nunca lleguen a adquirir una fisonomía e identidad propias. En una forma más bien sumaria, Apiano va exponiendo el relato de las diferentes intervenciones romanas en cada uno de estos territorios, pero su consideración de los acontecimientos resulta notoriamente desigual, dado que no presta siempre la misma atención a unos acontecimientos que a otros. Faltan, por otra parte, como ya se dijo anteriormente, las puntualizaciones de tipo cronológico, que sólo de forma incidental aparecen expresadas a lo largo de la obra y en momentos muy concretos.

A primera vista podría pensarse que utilizó un esquema de narración puramente analítico, en el que relataba los acontecimientos de cada año bajo el mandato de los cónsules respectivos que eran enviados a la guerra en las diferentes provincias. Sin embargo, su obra se distancia de esta forma de hacer historia que caracterizó los primeros tiempos de la historiografía romana por la ausencia de su estricto entramado cronológico. Algunos episodios presentan además un mayor grado de elaboración e incluso en ocasiones adquieren ciertos tintes de dramatismo.

Apenas existen tampoco digresiones de carácter geográfico o etnográfico, que constituían una parte fundamental de historias como las de Heródoto o de Posidonio

de Apamea, elaboradas desde una perspectiva más etnográfica. Apiano concedía su atención tan sólo a los asuntos de Roma («sólo lo concerniente a los romanos»), y mostraba un absoluto desinterés por la historia anterior de cada uno de los pueblos conquistados. De hecho, dejó bien patente su ignorancia en esta clase de temas a través de algunas conjeturas sin mucho fundamento, y evidenció su desdén hacia esta clase de cuestiones, que dejaba para «quienes se dedican a la historia de las cosas del pasado»<sup>9</sup>. Su obra, de hecho, está repleta de errores de bulto de este tipo, tales como la identificación reiterada de Cartagena con Sagunto o su equiparación de Tartesos con la ciudad de Carteia.

La geografía tampoco era su fuerte. Por citar tan sólo ejemplos de su historia de Iberia, hay que recordar que Apiano situaba el río Ebro en el centro de la Península al afirmar que la dividía por la mitad. Sus descripciones paisajísticas presentan también un carácter altamente estereotipado y convencional que apenas permite distinguir con precisión unos escenarios de otros. El entorno físico, con esquemáticos apuntes sobre el paisaje abrupto y boscoso que caracterizaba la zona, solo adquiere importancia en casos aislados, como el asedio de Numancia, pero sus razones tienen que ver seguramente más con su deseo de resaltar las dificultades que tuvieron que superar los romanos en su conquista de la zona que con la finalidad de ofrecer una descripción de la geografía peninsular. Existe, ciertamente, la impresión de una cierta monotonía en su relato que no permite singularizar

9 *Hispania*, 2, e *Ill.*, 2.



adecuadamente cada uno de los acontecimientos. Todas las emboscadas que sufren las tropas romanas parecen siempre la misma, y apenas se presta atención a los cambios de escenario que implica el paso de la campaña de unas regiones a otras. Su desinterés por las descripciones geográficas se pone especialmente de manifiesto en casos tan significativos como en su relato del paso de Aníbal a través de los Alpes, en el que alude sólo de forma pasajera a las dificultades que los cartagineses tuvieron que afrontar en una empresa tan descomunal.

Tampoco mostró interés por los usos y costumbres de los diferentes pueblos con los que se enfrentaron los romanos, a diferencia de otros historiadores más aficionados a esta clase de asuntos. Las realidades indígenas sólo emergen a través de aclaraciones puntuales a un término concreto, como el célebre *sagum* celtibérico, o de alusiones de pasada a su forma de combatir o a la particularidad de los alimentos que consumían. Sin embargo, adopta en su obra algunos de los tópicos tradicionales sobre el mundo bárbaro que caracterizaban la visión grecorromana del mundo, como el valor guerrero de las mujeres, su fiereza de carácter o su manifiesto desprecio por todas las riquezas convencionales que, sin embargo, eran tan apreciadas por sus contendientes. Por el contrario, cuando se trataba de aclarar cualquier asunto relacionado con las costumbres romanas o con las formalidades institucionales de su práctica política que aparecían en el curso del relato, Apiano muestra un cuidado especial. Los verdaderos protagonistas de su historia eran, qué duda cabe, las tropas romanas con cada uno de sus respectivos generales al frente.

Apiano concedía una enorme importancia al individuo dentro de su concepción general de la historia. Este criterio determinó la secuencia de los cinco libros que dedicó al relato de las guerras civiles, tal y como se comprueba por el protagonismo sucesivo de los diferentes líderes que intervinieron en ellas. Dos de los libros restantes están íntegramente consagrados a la carrera personal de dos de los principales enemigos de Roma, el cartaginés Aníbal y el monarca Mitrídates VI Eupátor, que se alzó como uno de los últimos obstáculos en la conquista final de Roma de todo el Oriente helenístico<sup>10</sup>. Sin embargo, también en el resto de los libros sobresalen de forma clara algunas figuras individuales en el conjunto de la narración. Los primeros seléucidas, y en especial Antíoco III, desempeñan un papel destacado en su historia de Siria; los Escipiones son, sin duda, los auténticos protagonistas de sus libros sobre Iberia y África, y a juzgar por los pocos fragmentos que nos quedan de su historia de Macedonia, los monarcas Filipo V y Perseo debieron constituir su centro de interés principal.

Pero su preferencia por las gestas personales no se limitó sólo a las grandes figuras. Apiano también destacó hazañas concretas que llevaron a cabo algunos oficiales romanos de segunda fila, e incluso personalidades no romanas asumieron en ocasiones un efímero protagonismo, como es el caso de algunos caudillos indígenas, líderes de las ciudades

10 Sobre Aníbal, recientemente, Eve MacDonald, *Hannibal: A Hellenistic Life*, Yale University Press, New Haven, 2015. Sobre Mitrídates, Adrienne Mayor, *The Poison King: The Life and Legend of Mithradates, Rome's Deadliest Enemy*, Princeton, 2011.

itálicas, o incluso personajes mucho más marginales, como algunos jefes de bandidos.

Existen casos particulares que constituyen una excepción, como el lusitano Viriato, que se convierte en el protagonista destacado de la parte central del relato en el libro sobre Iberia. Sin embargo, Apiano no le concedió esta relevancia narrativa movido por su sincera admiración hacia el personaje o por la propia consistencia histórica de la figura del líder lusitano. Su elección tuvo seguramente mucho más que ver con razones de tipo literario, dado que se trataba de un personaje con mayores posibilidades desde un punto de vista dramático y podía ocupar el protagonismo de la acción en un momento central de la narración en el que la monotonía de las campañas podía llegar a cansar al lector. El personaje tenía también sus propias ventajas desde el punto de vista ideológico, dado que podía servir de oportuno contrapunto en el protagonismo de la acción incorporando cualidades políticas y morales que se echaban en falta en sus oponentes romanos de aquellos momentos<sup>11</sup>. De cualquier modo, Apiano, al igual que la mayoría de los historiadores antiguos, estaba firmemente convencido de la incidencia decisiva que tenían los individuos en el desarrollo de los acontecimientos históricos, y refleja así en su relato

11 H. Strasburger, «Poseidonius on Problems of the Roman Empire», *Journal of Roman Studies*, 55, 1965, págs. 40-53, considera el retrato favorable de Viriato de origen posidoniano (pág. 48); F. J. Gómez Espelosín, «Appian's *Iberike*: Aims and Attitudes of A Greek Historian of Rome», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, 2, 34, 1, 1993, págs.403-427.

esta tendencia tan característica de la mentalidad histórica griega<sup>12</sup>.

Tampoco hay que olvidar la destacada importancia que tienen las anécdotas en un relato de esta índole, las cuales en su mayor parte van asociadas a la acción de ciertos individuos que sufren también sus consecuencias. Incluso hay ocasiones en las que algunas ciudades asumen el papel de los individuos; la celtíbera Numancia, la iliria Métulo o la itálica Capua constituyen algunos ejemplos destacados. Sin embargo, tal y como sucedía con los personajes, también otras ciudades de menor entidad, como la también celtíbera Complega o la iliria Promona, e incluso ciudades más pequeñas (*políchnion*) y hasta algunas aldeas anónimas, ocupan a veces el centro de la narración si su nombre aparece asociado a alguna gesta especial, o ponen de manifiesto el talento estratégico de los romanos o de sus enemigos, o permiten extraer importantes lecciones desde el punto de vista moral.

## Estilo

Ciertamente, Apiano no ocupa una posición destacada dentro de la literatura griega por sus particulares méritos o por su inconfundible estilo, pero tampoco carece de los méritos suficientes en este terreno, como se ha demostrado en algunos estudios recientes acerca del uso

12 Al respecto, Sarah Brown Ferrario, *Historical Agency and the «Great Man»* in *Classical Greece*, Cambridge, 2014.

consciente de frases de carácter rítmico<sup>13</sup>. Sin embargo, su relato produce a veces una impresión algo más tosca, dado que los diferentes episodios se suceden unos a otros de forma no siempre clara, e incluso son frecuentes los cortes bruscos entre unas partes y otras. De hecho, algunos estudiosos han considerado a Apiano un compilador descuidado que ha ido acumulando la información tomada de diversas fuentes sin otro criterio que el de la sucesión cronológica, y no han dudado en incluirlo como un personaje secundario más, escasamente relevante dentro del panorama global de la literatura griega.

Sin embargo, Apiano poseía una clara conciencia de la estructura general de su historia, tal y como revela el anuncio anticipador (*prolepsis*) de la aparición de algunos personajes o hechos relevantes que serán más adelante tratados de modo más extenso, o mediante la oportuna referencia a otros de los que ya se ha ocupado anteriormente. También ha sabido distribuir el material narrativo de una forma consciente y crear las expectativas correspondientes en sus lectores, como sucede con Viriato, al que menciona inicialmente solo de forma momentánea y deja para más adelante la narración detallada de sus hazañas.

Sus principales protagonistas no irrumpen de manera repentina en el curso de la acción, sino que Apiano va preparando su aparición de forma gradual, de manera que queda plenamente justificada en su momento y responde así perfectamente al clímax que se había generado

13 Así, G. O. Hutchinson, «Appian the Artist; Rhythmic Prose and Its Literary Implications», *Classical Quarterly*, 65, 2, 2015, 788-806.